

EUSKAL-ERRIA

REVISTA VASCONGADA

T.º LXXVI

SAN SEBASTIÁN 30 DE JUNIO DE 1917

N.º 1179



Lope García de Salazar escribiendo las «Bienandanzas».

Cuadro al óleo por Enrique de Salazar.

LOPE GARCÍA DE SALAZAR

UNO solo de sus escritos le ha hecho célebre en todo el país vasco. Su obra «Las Bienandanzas e fortunas que escribió estando preso en la su torre de Sant Martin de Muñatones», como decía uno de sus prologuistas, es, a no dudar, el pedestal sobre el que podrán alzarse otros monumentos de esta índole, para el bien de la Historia, del país y de las artes.

Según confesión propia, Lope García de Salazar descendía de las merindades de Castilla, y abarcando en los orígenes de sus predecesores los linderos de la leyenda, afirmábase que dos caballeros de ese abolengo desembarcaron en Santoña, y poblaron el uno en Salazar y el otro en la Cerca, sitios no distantes de Medina de Pomar.

Prescindiendo de antecedentes de familia, cuyo historial constituyen como único distintivo las luchas en que tomaron parte con varia y desigual fortuna, pasaremos a ordenar las notas biográficas referentes a Lope García de Salazar.

Nació éste en Somorrostro el año 1399, siendo su padre Ochoa de Salazar y su madre D.^a Teresa de Muñatones, heredera de la casa solar de su apellido que, por este matrimonio, quedó agregada a la principal de San Martín de Somorrostro.

No había cumplido aún Lope los dieciséis años cuando, según propia declaración, tomó una ballesta y se batió en los campos de Santullán con los Marroquines de Sámano, con quienes su linaje tenía constantes pendencias, por negar asiento a los últimos en las juntas generales de las Encartaciones.

Valiente y osado hasta la temeridad, su primer encuentro no fué

sino el prólogo de una serie de aventuras en que puso a prueba su temple de acero.

Apenas habría transcurrido un año desde la primera pelea, cuando al abrigo de las sombras de la noche se fué a Sopuerta seguido de siete de sus adeptos y ocultóse en el barrio de Llerena, en una casa deshabitada que existía al pie de la torre de Mendieta.

El objeto de aquella incursión no era otro que el de sorprender al Señor de la torre, Lope Ochoa de Mendieta. No tardó éste en salir acompañado de diez de sus parciales, sobre quienes inopinadamente se lanzaron los de Salazar; y entablada la refriega mató Lope García a Lope Ochoa atravesándole con un dardo de su ballesta. Huyeron entonces los partidarios de Mendieta, y los de Salazar quedaron dueños del campo.

En aquella revuelta época, en que la continua pelea parecía ser lo habitual y corriente, debía destacar necesariamente un caballero del temple heroico de Lope García de Salazar. Y así fué, en efecto, pues a la muerte de su padre quedó por cabeza de su linaje y bando.

Era el buen Lope, al decir de las crónicas, de corpulencia gigantesca, lo que daba cierto mayestático realce a sus bélicas actitudes.

Tratando de este extremo, dice Trueba en una biografía que dedicó a nuestro personaje:

«El mismo cronista dice «que el fizo la casa de San Martin con »todos sus edificios, e derrivó todo lo primero, e fizo a medida de su »altor las puertas que son en la sala de la torre mayor, por donde sa- »len a las salas de fuera, porque los que de el viniesen sopiesen el »altor de su cuerpo.»

Y añade:

«Es demasiado curioso el dato que acerca de la persona del cronista suministran estos renglones, para que yo no me detenga un poco en él. La puerta que dice Lope hizo de su altura, debe ser la única que tiene el piso principal de la torre mirando al Mediodía. Hoy no hay fuera de la torre salas adonde se salga por ella; pero antiguamente pudo haberlas en el espacio que media entre la muralla exterior y la torre, estribando en ésta y el adarve. Si realmente aquélla es, como yo creo, la puerta a que se refiere el cronista, éste debió ser de estatura no menor que la del personaje momificado que existe en la iglesia de San Agustín de Elorrio, cuya estatura viene a ser de siete pies y medio. El capricho que tuvo Lope García de hacer una puerta a su altura, justifi-

ca la presunción de que Lope fuese de estatura más que mediana, porque todos sabemos lo que es la vanidad del hombre, y aparte de esto, Lope, que tuvo pretensiones de construir un magnífico palacio, no hubiera consentido por un pueril capricho en hacer en aquel edificio una puerta que no correspondiese a su comodidad y grandeza.»

Las gallardías de su espíritu guerrero encuadraban, pues, armoniosamente en sus atléticas proporciones corporales, haciendo de él el caudillo ideal para una época de lucha no interrumpida.

En cuanto quedó como cabeza de linaje, declaró guerra por cuarta vez a los consabidos Marroquines destrozando en los primeros encuentros a los banderizos contrarios. En tan duro trance pidieron éstos ayuda el Conde de Haro, quien ordenó a su hijo Fernando volara en socorro de los Marroquines.

Todo inútil; grandes fuerzas concentró el hijo del Conde, pero también el de Salazar reunió a todos sus parientes y aliados, resistiendo denodada y victoriosamente las porfiadas acometidas de sus contrarios. Fernando tuvo que abandonar las Encartaciones quedando de esta suerte orlado con los honores del triunfo el intrépido e invencible Lope García.

Si satisfactorio fué el resultado de estos violentos choques, tuvo, sin embargo, que pasar por la amargura que le produjo la defección de sus sobrinos del solar de Acedo en Sopuerta, que, al romperse las hostilidades, se pasaron al enemigo.

Grande fué el desagrado que tal conducta produjo en el ánimo asaz irritable de Lope García. Y cuéntase que discutiendo o mejor dicho disputando sobre tan desagradable incidente con su sobrino Fernando de Alcedo, en un momento de irresistible furor agarró por la cintura al citado sobrino Fernando, y como quien lanza una pelota, lo arrojó sobre la ferrería situada a alguna distancia del lugar del suceso.

Ciertamente que tal hecho habrá que catalogarlo entre las creaciones imaginativas, o cuando menos entre las ampliaciones de la fantasía; pero de todos modos retrata al personaje, lo mismo en cuanto se refiere a la impetuosidad de su carácter, como en cuanto corresponde a las fuerzas musculares que unánimemente se reconocen al caballero de Salazar.

Merece también citarse entre los hechos memorables de nuestro personaje, el que se opusiera el contrafuero que se cometía al nombrar al Corregidor Mendoza, Corregidor y Prestamero, y como decía él

mismo, «porque el Prestamero que es corregidor no puede ser ejecutor que es a la vez juez». Para oponerse a este desmán, marchó con los encartados sobre Guernica e hizo huir al Corregidor Mendoza.

Lope de Salazar puede ser considerado como el prototipo de aquella época, y el que mayor y más exactamente simboliza a los banderizos, que como flor exótica habían brotado en estos campos vascos, tan pacíficos y laboriosos.

En la corona de Castilla sucedió a Don Juan II, Enrique IV; y enterado éste de las vicisitudes, de las tropelías, de las luchas cotidianas que aquí se registraban por culpa de los malhadados bandos, resolvióse a cortar de raíz tan anárquica situación.

Vino personalmente a las Provincias Vascongadas y adoptó enérgicas disposiciones, ordenando la demolición de las torres en que se guardaban los banderizos, y el extrañamiento de los más significados.

Claro está que entre estos últimos debía estar incluido el señor de Salazar, y en efecto, Lope García fué desterrado por cuatro años a Jímena en el campo de Gibraltar.

Pero al llegar a Sevilla enfermó de tercianas, adquiriendo tal gravedad la dolencia que llegó a temerse por su vida. Cincuenta y ocho años contaba a la sazón.

Encontrándose en tan grave estado solicitó de la real munificencia la gracia de retornar a su tierra natal; y sin esperar la regia resolución, que los trámites obligados podían hacerla excesivamente tardía, regresó a Vizcaya donde recobró por completo su perdida salud.

El Rey le alzó el destierro y perdonó el justificado quebrantamiento.

Si hasta entonces habían ocupado su atención los asuntos de linaje y bandería, pronto tuvo que fijarse en dramas que se suscitaron en el seno de la propia familia.

Habíase casado en 1425 con D.^a Juana de Butrón y Alonso de Muxica, hija de Gonzalo Gómez de Butrón, de cuyo matrimonio tuvo seis hijos varones y tres hembras.

Cruelles desavenencias se suscitaron entre ambos cónyuges al tratarse de la sucesión de la casa y bienes.

El hijo mayor, Gonzalo de Salazar, había perecido trágicamente en un ataque a Elorrio dispuesto contra el parecer de su padre; y éste sostenía que a sus nietos, los hijos de aquél, correspondía el mayorazgo. La esposa, por el contrario, se inclinaba a favor de su hijo Juan.

No era este Juan de lo más recomendable, y el mismo sobrenom-

bre (denigrante en aquella sazón) de Moro, con que era conocido nos revela su falta de equidad y hombría de bien.

La esposa de Lope García falleció en 1469; y dos años más tarde, esto es, en 1471, apelando Juan a la violencia y olvidando todo respeto a la paternidad, encerró a su anciano progenitor en condiciones poco satisfactorias, en su torre de Muñatones.

Estrechado en aquel encierro dedicóse a las letras, cuyo cultivo había alternado antes con el manejo de las armas.

Estas sus aficiones literarias nos las revela él mismo:

«E porque yo Lope García de Salazar... obiendo mucha voluntad de saber e decir de los tales fechos, desde mi mocedad hasta aquí me trabajé de haber libros e estorias de los fechos del mundo, faciéndolos buscar por las provincias e casas de los reyes e príncipes cristianos de allende la mar e de aquende, por mis despensas, con mercaderes e mareantes e por mi mesmo de esta parte e a placer de Nuestro Señor, alcancé de todos ellos lo que obe en memoria de los antepasados e de los oídos e vistas mías.....»

En aquella torre, pues, que la maldad de su hijo convirtió en cárcel paterna, escribió el desgraciado Lope la obra que hemos citado en los comienzos de este trabajo.

Así lo dice él mismo:

«Estando en la mi casa de San Martín, preso de los que yo engendré, e crié, e acrecenté e temeroso de mal vevedizo, e desafuciado de las esperanzas de los que son cautivos en tierra de moros que esperan salir por redención de sus bienes o por limosna de buenas gentes e yo temiéndome de la desordenada codicia que es por levar mis bienes, como yo los veía levar, que no me soltarian, esperando la misericordia de Dios, e por quitar pensamiento e imaginación, compuse este libro.»

Y así compuso el «Libro de las Bienandanzas e fortunas que escribió Lope García de Salazar estando preso en la torre de San Martín de Muñatones», cuyo original ha desaparecido.

Sólo se conserva la copia, que, por encargo de Ochoa de Salazar, nieto del autor, hizo el calígrafo Cristóbal de Mieres y que hoy se conserva en Madrid en la Biblioteca de la Historia. De esta copia se hizo en 1889 una edición de 200 ejemplares numerados.

Además de esta obra, que ha popularizado el nombre del autor, compuso las siguientes:

«Crónica de las siete casas de Vizcaya», cuyo original manuscrito conserva en Bilbao D. Luis Salazar, y que el Sr. Guerra dió a conocer en la Revista de Historia y Genealogía.

«La Crónica de Vizcaya», impresa por Barahona de Soto a principios del siglo XVI.

Y el libro «Proemio», que viene a ser una compendiada filosofía de la Historia.

Volvamos nuevamente a la torre, convertida en cárcel por la maldad de un hijo desalmado, y veremos que éste obtiene completa satisfacción a sus pretensiones.

En efecto, el 19 de Diciembre del año 1471, el mismo año en que prendió a su padre, éste otorgó la codiciada mayoría.

Poco sobrevivió el desgraciado anciano, pues aunque se ignora de ciencia cierta la fecha exacta de su defunción, puede afirmarse que ésta ocurrió antes de 1480.

Y así sucumbió aquel espíritu gigante encerrado en atlético cuerpo, que nos ha legado, como fiel espejo de los sucesos de su tiempo, esa obra de las bienandanzas en que se reflejan con sincera claridad hechos y acontecimientos de una época tan digna de estudio.

J. BENGOCHEA

